

TOBRAINQUEST

El local se hallaba perdido en medio de un polígono industrial situado al oeste de Sabadell —en Barcelona—, denominado la “Zona Hermética” en honor a una empresa permanentemente en peligro de clausura desde los años setenta —y que hoy aún perdura— llamada Unidad Hermética. Era fascinante ver cómo durante el día, el ambiente rebosaba de una intensa actividad fabril, mientras que de noche, las naves grises y sucias de hollín se vestían con luces de neón, fagocitando y vomitando ingentes mareas de estudiantes universitarios a la búsqueda de un tipo de enseñanza que “desafortunadamente” no incluían los modernos currículos académicos.

—Buenas tardes Señor Barceló —les recibió el *maître*.

Barceló era cliente habitual del Tast. Un local que él consideraba una *rara avis* entre tanta mediocridad. No es que criticase la ausencia de restaurantes de nivel en esa zona de Sabadell, al contrario, resultaba gratificante encontrar buenos sitios incluso en los parajes más insospechados, al fin y al cabo se trataba de un polígono, no de *l’Eixample* de Barcelona.

El camarero los invitó a ocupar una mesa en una de las áreas reservadas a las comidas de negocio. El ambiente era discreto y acogedor. Gabriel solía frecuentarlo siempre que quería impresionar a Marisa con alguna de sus brillantes ideas y una buena degustación de gastronomía catalana. A Marisa le encantaba la comida, era la única persona conocida que podía comer después de comer. Pero lo que hacía de Marisa una *gourmet* excepcional, era la increíble capacidad que poseía para descubrir los detalles más insignificantes en un plato de cocina, desapercibidos para cualquier otro. Distinguía los olores, los sabores, el aspecto y la textura de los alimentos, de una forma prodigiosa; enumeraba

sus propiedades, otorgándole protagonismo, y combinándolas para crear una fascinante sinfonía de sentidos. Era capaz de sublimar una sencilla tortilla de patatas al nivel de la ambrosía, obligándote a salivar como un perro de *Pavlov*. Ya la echaba de menos y no hacía ni dos horas que se había separado de ella.

—Y bien señores —*disparó* Gabriel—. Si no les importa, antes de empezar me gustaría saber quiénes son y para quién trabajan, en el aula no tuve la oportunidad de ver bien sus credenciales. Mi capacidad lectora no está a la altura de sus juegos de mano.

—Comprendo —Bob captó la ironía—. No estábamos en un lugar adecuado, ya me entiende —dijo mirando a ambos lados de la sala, como si esperase que alguien de la CIA o el MIG fuera a abordarles en cualquier momento. Por supuesto Gabriel prefirió pasar por alto ese detalle y dar muestras de entender lo que decía, aunque no entendiera nada—. Y este es un asunto complejo, largo de explicar —añadió Bob.

—Tranquilo, tómese su tiempo —convino Barceló.

—Bien, le ruego que tenga presente que lo que le voy a revelar es estrictamente confidencial. Tengo que pedirle su palabra de que esta conversación permanecerá en el más estricto secreto. Créame, lo digo, y no bromeo en absoluto, por su seguridad.

Si quería lograr intimidarle, hizo diana. La forma en la que Bob arrastró las últimas palabras provocó el efecto deseado en el ánimo de Barceló, que comenzó a sudar y a tragar saliva de forma compulsiva. “Estos cabrones ya me tienen donde querían —se lamentó—. Tanta terapia de autocontrol y reorganización cognitiva, y luego viene un fantoche con una estrella plateada enganchada en un pedazo de cuero y basta para que te tiemblen las piernas.

—No debe preocuparse por mi discreción —respondió Barceló con la voz un tanto engordada—. Puede confiar en mi palabra —añadió, bastante seguro de que incumpliría tal afirmación.

—De acuerdo entonces, empecemos... Pertenece a una organización de carácter privado llamada *NeuProt* con sede social en Washington DC. Para su información le diré que si pretende visitarnos puede ahorrarse el viaje, no encontrará más que una pequeña oficina en la que una inocente secretaria mata su aburrimiento ojeando revistas del corazón y hablando por teléfono con las amigas. Naturalmente, algunas operaciones de carácter administrativo y de marketing son gestionadas desde dicha oficina con el fin de mantener una cierta actividad mercantil, y de dotarla de una apariencia de normalidad. En todo caso, la corporación dispone de un centro de operaciones cuya ubicación, de momento, preferiría no revelar. Somos proveedores de tecnología en tantos dominios que no alcanzaría a imaginar: desde Aeronáutica Espacial, a Sistemas de Inteligencia Artificial, pasando por Ingeniería Genética y, por supuesto, Neurociencia. —Robert hizo una pausa, para añadir a continuación:— ¿Conoce el proyecto *Blue Brain*?

—He leído alguna cosa —aventuró Barceló—. Creo que están tratando de desarrollar un *software* capaz de resolver problemas de forma similar a como lo hace nuestro cerebro.

—Interesante... ¿qué más sabe? —sonrió Bob conforme.

—He oído que pretenden utilizar “ingeniería inversa” —Bob lo miró con gesto de ingenuidad, parecía estar divirtiéndose—; aproximarse al entendimiento de la interacción mente-cerebro mediante el estudio de su funcionamiento. —Se trataba de un enfoque diferente al de la ingeniería clásica, consistía en conocer la lógica de un programa a través

de la observación de las funciones que es capaz de realizar, sin necesidad de acceder al código fuente.

—¿Nada más? —repuso Bob.

—También he leído que existen otros proyectos como el COLANM o el FACETS trabajando en la misma línea de investigación. Pero están todavía muy lejos de conseguir algún resultado. —Los trabajos de ambos proyectos se circunscribían a pequeñas micro columnas neocorticales del cerebro con apenas unos miles de neuronas. Si tenemos en cuenta que el cerebro humano dispone de alrededor de cien mil millones de neuronas, y que cada una de ellas puede establecer miles de conexiones con las vecinas, se comprendía el escepticismo de Barceló. Estos proyectos parecían más una ficción que una realidad.

—¡Asombroso! —exclamó Bob—. Veo que está al día de los últimos avances en Neurociencia Computacional. Me habían avisado, pero no estaba seguro de que fuera cierto.

Gabriel se sintió halagado, y preocupado. Generalmente la gente solo habla bien de uno a título póstumo.

—No crea todo lo que dicen; hay mucha leyenda urbana —confesó Barceló restándole importancia. Su ego estaba, por lo general, sobradamente alimentado.

—Pues bien, le diré que la ficción se ha hecho realidad; el cerebro ya no es una caja negra inaccesible a nuestros ordenadores. Sepa que hemos logrado aumentar la eficacia de diferentes fármacos en el tratamiento del Alzheimer o el Parkinson, por poner solo algún caso.

Barceló oyó la noticia con escepticismo. Actualmente se conocían más de seiscientas enfermedades neurológicas. Las funciones motoras, el control de los sentidos, la motivación, la memoria, el aprendizaje, el pensamiento, el lenguaje, la percepción, la emoción... todas eran facultades mediadas por el sistema nervioso central y periférico. El tratamiento de ese tipo de trastornos era realmente complejo y costoso; incluía el uso de fármacos, cirugía o neurorehabilitación. Y en los casos más graves los beneficios eran francamente limitados. Si lo que decía aquel hombre era cierto, el dominio en ese área de la neuropatología podría compararse al descubrimiento de la penicilina. ¿Le estaban tomando el pelo? Aquel tipo tenía más pinta de matón de discoteca que de científico y, sin embargo, parecía saber de qué hablaba.

—Oiga, contésteme a una pregunta... —interpuso Barceló—. Todo esto parece bastante legal, ¿qué es lo que hace que deba temer por mi integridad?

—Doctor Barceló, lo que le acabo de contar forma parte de uno entre los cientos de proyectos en los que estamos trabajando y, créame, no es ni de lejos el más interesante, ni arriesgado.

Cuando silabeó lo de “arriesgado”, Barceló comenzó a intuir la magnitud del problema.

—¿Y podría usted iluminarme? —se interesó Barceló, inseguro de querer conocer todos los detalles.

La pregunta quedó en el aire con la llegada del camarero. Barceló como buen anfitrión les aconsejó un menú ligero, muy del mediterráneo, brindándoles una explicación pormenorizada de cada plato. Ahí comprendió que el inglés se quedaba corto. Cómo le explicas a un americano que aquí se asan las verduras en una parrilla antes de

comérselas, o en qué consiste una *escalivada amb anxoves de l'Escala*, o un *arròs caldós amb llamàntol*. De beber escogió un cava *Parxet Brut Reserva d'Alella*, muy frío. Los postres los dejó a libre elección, no tuvo fuerzas, ni vocabulario, para atreverse con *la mel i mató*, *la crema catalana*, *els carquinyolis* o *el postre de música amb moscatell*.

Se acordó de sus viajes allende el atlántico, y de lo francamente mal que comía. Sostenía la teoría de que la cultura gastronómica de un país era el reflejo de la riqueza del léxico, y viceversa. En América, el pescado era *fish*, y cuando este preguntaba por la clase de *fish*, los camareros solían mirarlo pensativos, preguntándose que de dónde habrían sacado al “Capitán Pescanova”. Con la carne pasaba otro tanto, podías escoger entre *burguers* y *steaks*, ¡y se quedaban tan anchos! ¡Como si la inmensidad del océano pudiese encerrarse en una botella! “*¡Aquests païos no són d'eixe món!*”, se decía. Pero era un hecho bien documentado, y que él ponía de manifiesto en las clases de Pensamiento y Lenguaje que impartía como profesor adjunto en la UNED, la manera en que el lenguaje condicionaba nuestra percepción del mundo. Los esquimales, por ejemplo, podían identificar y categorizar alrededor de treinta tonos diferentes de color blanco. En cierto modo, su subsistencia dependía de ello. ¡Nosotros podíamos distinguir a lo sumo entre el blanco brillante y mate!

Una vez que el camarero tomó nota, desapareció, y ellos quedaron de nuevo envueltos en un halo de misterio.

—Mire —prosiguió Bob—, esto no va a ser fácil de explicar, y mucho menos de creer. Le ruego que escuche con atención y mantenga una mentalidad abierta y ecléctica. Lo que le voy a contar es rigurosamente cierto.

Robert se dispuso entonces a desvelar el motivo por el cuál habían cruzado el Atlántico en busca de la ayuda del profesor catalán. Gabriel se preparó mentalmente para

recibir el mensaje activando su sistema de alerta, y enviando señales a todos sus órganos sensoriales: “Ábrete de orejas, corazón”.

—No sé si sabrá, pero en el último año en Estados Unidos se cometió un crimen violento cada 22,2 segundos, un asesinato cada 30,9 minutos, una violación sexual cada 5,7 minutos, un robo cada 1,2 minutos y un asalto con daños físicos cada 36,6 segundos. Son datos del FBI, accesibles a todos los ciudadanos. No necesito decirle el coste que supone mantener semejante sistema penitenciario y judicial: jueces, magistrados, policías, prisiones... —hizo una pausa para tomar agua y siguió—. La mayor parte de los delitos violentos son provocados por sujetos que de un modo u otro tienen algún desorden psicológico: sociópatas, impulsivos, agresivo-sensitivos... —La clasificación correspondía a los conocidos trastornos descritos en el *Personality Assessment Schedule PAS* de Tyrer y Alexander. Barceló volvió a sorprenderse de Bob, pese a parecer un *hooker* de *rugby*, estaba francamente bien documentado—. Sin olvidar que esos mismos desórdenes afectan también a la población normal. En Estados Unidos se dan aproximadamente unos cincuenta millones de casos cada año, con un coste de miles de millones de dólares.

“Bastantes menos de los que se gastan en la industria armamentística”, pensó Barceló.

—Bien, no pretendo marearle con las cifras. Lo que he venido a contarle, es que hace cinco años, el FBI se puso en contacto con nosotros con el fin de desarrollar un tratamiento para paliar el incremento de la delincuencia y la inseguridad ciudadana, que crece de manera imparable cada año en nuestro país, y, por qué no, contribuir a la cura de enfermedades neurológicas como el Alzheimer, el Parkinson o el Síndrome de Rett.

Barceló guardó dudas razonables acerca de la bondad del proyecto; le pasó por la cabeza el “Gran Hermano” de Orwell: un gobierno controlando a los insurrectos

ciudadanos; una vieja idea que al parecer no había sido descartada por completo. Por no decir que tan “altruista” asociación entre gobierno y empresa privada seguro que acababa reportando pingües beneficios para ambos bandos.

—Nos pusimos a trabajar en una línea de investigación que le resultará familiar. Para ello se creó el proyecto *ToBrainQuest*, integrado por un equipo multidisciplinar de especialistas informáticos, matemáticos, neurocientíficos, y, por supuesto, psicólogos, cuyo objetivo era identificar los mecanismos fisiológicos, químicos y psicológicos que subyacen al comportamiento antisocial. Una vez identificados dichos mecanismos, el siguiente paso era corregir los posibles déficits detectados. Por un lado, interviniendo directamente en los centros nerviosos del cerebro, y por otro, utilizando las técnicas de modificación de conducta del modelo cognitivo—conductual.

Barceló cambió rápidamente de opinión, lo de Orwell tal vez fuera poco, aquello sugería más bien la idea de “Matrix”: individuos usados como animales cuyos cerebros eran estimulados por una computadora que les suministraba las experiencias vitales. ¿Por qué diablos permitían hacer este tipo de películas?

—No quisiera aburrirle —prosiguió—, pero a modo de resumen le diré que algunos de los increíbles resultados fueron: el desarrollo de neurotécnicas que permitían visualizar y registrar la actividad analógica del cerebro convirtiéndola en digital, y por tanto, manipulable desde cualquier ordenador. Catéteres que, aprovechando el sistema circulatorio, se enviaban al cerebro, y una vez en él, un conjunto de nanocables se extendía en un ramo con millones de diminutas sondas, utilizando los veinticinco mil metros de capilares del cerebro para llegar a destinos específicos, y actuar sobre ellos. También hemos desarrollado técnicas de microestimulación tetánica de aferencias sinápticas. —Era en las sinapsis donde se producía la comunicación neuronal que permitía que la información

viajase desde un extremo a otro del cerebro, integrándose y posibilitando los procesos cognitivos de orden superior como la percepción, el aprendizaje y la memoria. Aquellos hombres estaban atacando al epicentro de la consciencia. Barceló comenzó a sentirse mareado—. Uno de los principales escollos fue dar con el maldito alfabeto del cerebro, el lenguaje que utilizan entre sí las neuronas en el proceso de comunicación. El funcionamiento del olfato nos dio la pista para conseguirlo. Sabemos que la percepción de los olores se produce por la acción de células distintas, no todas se excitan con cualquier odorífero —moléculas de las que se componen los olores—, es decir, están especializadas, contienen receptores específicos, dicho de otro modo, las letras. Sometiendo a distintos individuos con diferentes estímulos olfativos, pudimos comprobar cómo el cerebro procesaba dicha información y qué red de neuronas estaba involucrada en el proceso. Esto nos permitió establecer el cableado cerebral que sigue la información para cada uno de nuestros sentidos, la visión, el gusto, el tacto, y la integración de todos ellos. En este ámbito, fue fundamental disponer de un cerebro computacional que, mediante potentes y sofisticadas simulaciones, nos permitió monitorizar el recorrido de un determinado neurotransmisor, o receptor proteico, a lo largo de la red de neuronas.

Barceló colapsó por momentos. Esa gente era realmente peligrosa, no iba de farol. Lo que estaban haciendo iba más allá de la Neuroética. Se estremeció ante la enormidad de las posibles consecuencias de lo que estaban desarrollando: máquinas con inteligencia artificial, con capacidad de aprender tal y como lo hace un ser humano, pero a velocidades de infarto y sin cometer el más mínimo error en el proceso. Hasta el propio Isaac Asimov se removería en su tumba. Por no hablar de la manipulación de la conducta en humanos, o la capacidad de modificar sus recuerdos. Por supuesto también estaba todo ese “rollo” de curar trastornos mentales o desarrollar prótesis neuronales para curar enfermedades neurológicas, pero un caso similar de búsqueda de medios para paliar los problemas de la

humanidad fue el de la bomba de hidrógeno, y en Hiroshima todavía se acordaban de ello. Le vinieron a la cabeza las palabras de su profesor de Ética en la facultad: “La generación del conocimiento no puede estar sujeta a juicios éticos; lo que hacemos con el conocimiento es otra cosa”. Y a Barceló le preocupó enormemente qué diablos estaban haciendo con ese conocimiento. No tardaría en descubrirlo.

Desdichadamente para él, la comida pasó a un segundo plano. A excepción de Robert que hacía las veces de *speaker*, y se interrumpía de cuando en cuando para saborear un bocado, los otros dos “carpantas” no dieron señales de vida inteligente. Parecían no haber comido desde la infancia, pese a los esfuerzos de Barceló por prevenirles de ingerir la cáscara de la langosta. Era increíble la indiferencia con la que se manejaban aquellos sujetos. Hablar de la última conferencia episcopal habría causado el mismo interés en ellos.

Robert tomó de nuevo la palabra, tras engullir un largo sorbo de *Parxet* congelado.

—Bien, se preguntará qué papel juega usted en todo este asunto, ¿no es así?

Fuera el que fuera, Barceló supo que ya había oído suficiente. Era el momento de poner tierra de por medio.

—Mire, no me tome por un desconsiderado, pero no estoy seguro de querer continuar con este asunto. Creo que es un buen momento para acabar con esta conversación; de ese modo yo no estaré en “peligro de extinción” y su secreto estará completamente a salvo. ¿No le parece?

—Gabriel, ¿me permite tutearle? —dijo Bob, sin que a Barceló le pareciera que estaba esperando ningún tipo de autorización de su parte—. Tú y yo sabemos que lo que te acabo de contar es lo más increíble que has oído en tu vida, y probablemente no tengas

otra oportunidad como esta de participar en un proyecto de tal envergadura. Eres un tipo inteligente y sé que estás de acuerdo conmigo. Cuando acabe todo este asunto te van a faltar paredes donde colgar los títulos honoríficos. Te lloverán ofertas desde todos los rincones del planeta rogándote que participes en conferencias de a un millón de dólares cada una, y si no, mira cómo les va a Bill Clinton o Al Gore. Todas las revistas especializadas en divulgación científica estarán ansiosas de que llenes sus columnas con chorradas. Se acabó el dar clases. Vivirás de lo que realmente te gusta.

Aquel encantador de serpientes tenía mano. Sabía cómo espolear los deseos más íntimos e inconfesables de la gente pulsando el interruptor adecuado. ¿Cómo diablos hacían los americanos para entrenarles de esa forma? Tenían psicología práctica; no como los europeos que se pasaban el tiempo divagando entre las teorías de la Gestalt, las psicodinámicas y los test proyectivos. ¿Quién coño entendía esos galimatías?, y, ¿para qué demonios servían? La psicología era algo más que un rollo para parecer inteligentes y poder ligar con las tías”.

—De acuerdo —convino Barceló—, supongamos que tienes razón. ¿Qué es lo que queréis de mí?

Era maravilloso ver cómo funcionaban las leyes del Condicionamiento Operante, sonrió Bob para sí. Solo le había mostrado el azucarillo y el profesor ya estaba salivando, anticipando la recompensa. Ni siquiera había tenido que recurrir al reforzamiento negativo, ahorrándole los efectos nocivos que hubiesen supuesto para la salud de sus allegados una respuesta negativa a colaborar. Estos europeos eran blandos como la mantequilla, un poquito de presión y listos para untar.

—Solo estoy autorizado a decirte que debes ayudarnos a localizar a un sujeto experimental.

—¿Un sujeto experimental? —le espetó Barceló—. ¿Eso qué narices significa? ¿Me estás diciendo que tengo que ayudaros a buscar a un conejillo de indias? ¿Una de vuestras ratas de laboratorio?

—Yo no lo consideraría una rata; más bien un organismo situado en lo más alto de la escala evolutiva; un humano, y con serios problemas de socialización.

—¿Insinúas que tengo que buscar a un psicópata asesino que anda suelto por la calle? —Barceló se imaginó al sujeto, vestido con la bata del postoperatorio, corriendo con los ojos inyectados en sangre, ululando y babeando en busca de una víctima propicia—. Estás bromeando, ¿no?

—No bromeo en absoluto —dijo Bob— y, sí, se trata de un sujeto condenadamente peligroso. Mira... los trabajos de experimentación no fueron tan bien como planeamos. Se dieron algunos fallos de carácter metodológico que ya hemos conseguido solucionar.

—¿Sííí, como olvidarse de ponerle las correas antes de clavarle los electrodos en el cerebro? —repuso Barceló, sarcástico.

—No... algo más sutil —dijo Bob ignorándolo—. Algo como no tener en cuenta la psicodinámica del propio cerebro. La estimulación sináptica provocó ciertos efectos colaterales. Una variación insignificante de carga eléctrica en los aferentes sinápticos desencadenó un efecto de bola de nieve en las neuronas siguientes. La sobreestimulación provocó un exceso de liberación de neurotransmisor, una mayor síntesis proteica y finalmente, un crecimiento digamos anómalo de la plasticidad neuronal del sujeto.

Barceló conocía perfectamente los mecanismos de la comunicación neuronal, y el delicado equilibrio que los mantenía operativos. Las neuronas estaban formadas por unas

ramificaciones denominadas dendritas, en cuyos terminales estaban ubicadas las sinapsis. Las dendritas actuaban como antenas que recibían los contactos de los axones de otras células, y era en el soma, o cuerpo de la célula, donde se llevaba a cabo la integración de la información recibida. Finalmente, el axón, o aferente sináptico, era el que transmitía a las otras células el mensaje resultante de dicha integración en forma de impulso nervioso, o potencial de acción, responsable a su vez de la liberación de neurotransmisores en la hendidura sináptica. La excesiva liberación de estas moléculas químicas podía llegar a generar en las células vecinas la formación de nuevas estructuras sinápticas, fenómeno conocido con el nombre de plasticidad neuronal. Pero lo más relevante de todo este asunto, es que la plasticidad neuronal ¡estaba directamente relacionada con el incremento de las capacidades cognitivas de un individuo!

—¿Debo interpretar que ese “crecimiento anómalo” de la plasticidad, significa en realidad un “crecimiento exponencial” del número de conexiones sinápticas y de dendritas en el córtex cerebral? —preguntó Barceló incrédulo—. ¿Me estás diciendo que acabáis de dar vida a un jodido Hannibal Lecter con el cerebro de Bobby Fisher?

—Yo no lo habría descrito mejor. Te sorprendería saber las cosas que puede hacer ese híbrido de genio monstruoso.

Gabriel se vio superado, a la espera de un despertador que lo sacara de ese sueño futurista. Pero aquello no era un sueño. No, la quimera se había hecho realidad. Vaciló, preguntándose si él estaría preparado para embarcarse en esa nave, y en caso de que así fuera, cómo podría servirles de ayuda. La respuesta no tardó en llegar.

—Oye Gabriel —continuó Bob—, te necesitamos. Es absolutamente crítico dar con ese individuo. Créeme, no es un sujeto cualquiera. Queremos que elabores un perfil psicológico. Tenemos que saber cómo piensa, qué le motiva, cuál será su siguiente

movimiento... Tenemos que encontrarle de inmediato. Eres un especialista en Psicopatología y Ciencias del Comportamiento. Sabemos que has colaborado con la Interpol en numerosas ocasiones, y los informes que tenemos de ti son inmejorables, de lo contrario no estaríamos hablando de esto contigo.

Estaban bien informados, eso ya le había quedado claro. Barceló había sido requerido en varios casos de asesinatos en serie, tanto por la policía autónoma catalana, los *mossos d'Esquadra*, como por la Interpol. Su última colaboración había salido publicada en la prensa internacional: "El caníbal de Flandes". Un psicópata buscado en más de seis países, acusado de canibalismo y violación de menores, con más de treinta víctimas en su haber. Gracias a la ayuda de Barceló, la policía pudo descubrir la participación de la mujer del asesino en la comisión de los delitos. Barceló elaboró un informe psicológico del sujeto a partir del *modus operandi*. Su diagnóstico de sujeto "muy inmaduro emocionalmente" y "sumamente dependiente", contribuyó a establecer la complicidad de la mujer. Al parecer, la pareja se acercaba en coche a niñas y adolescentes, preguntando por alguna dirección, y después las convencían para llevarlas en el vehículo, contando con la confianza que daba a las víctimas la presencia de una mujer madura.

Gabriel guardó silencio unos instantes. Pensó en la cantidad de asuntos pendientes que tendría que delegar. Por un lado estaba la preparación de los exámenes y las pruebas de evaluación en ciernes. Además, era el tutor de la tesina de varios alumnos; le fascinaba el trabajo sobre la *Síndone* —el sudario de Turín— que estaba llevando a cabo Alex, uno de sus alumnos más aventajados, donde a partir de las marcas y traumas físicos grabados en la Sábana Santa, pretendía elaborar un análisis psicofisiológico del hombre del sudario. Estaba ansioso por conocer los resultados. Por no hablar del retraso acumulado en la entrega de algunos de sus trabajos de investigación para revistas de divulgación científica. ¿Cómo demonios lo haría?

—Gabriel —le interrumpió Bob, adivinándole el pensamiento—. Podemos ayudarte en cualquier cosa que necesites, no tienes más que pedirlo. Hablaremos con el Rector de la Universidad para organizar tu sustitución. En cuanto a tu labor de investigación, déjalo en nuestras manos, tenemos gente que puede revisarla, mejorarla y ampliarla; recuerda que estamos algo más adelantados que tú. —Consciente de la escrupulosidad del doctor, añadió—: Por respeto a tu ética profesional, no se incluirán aspectos en los que tú no hayas trabajado todavía. Nosotros nos encargaremos de enviar tus informes a las revistas; siempre bajo tu supervisión.

Barceló calibró la oferta de Bob. Tal vez había llegado el momento de hacer algo realmente grande. ¿Y si dejaba escapar ese tren?. Decididamente aquella era la oportunidad de beber directamente de las fuentes del conocimiento. A cambio, solo tendría que redactar algunos informes acerca de la presunta personalidad de aquel sujeto. Ya lo había hecho otras veces.

—De acuerdo, ¿cuándo queréis empezar? —se interesó Barceló.

Acababa de cometer el tercer y más grave error. Había perdido la ocasión de bajarse de un vagón que se precipitaba por una montaña rusa en obras. Por supuesto, no sería el último de ellos.

—En cuanto estés listo. No podemos perder ni un minuto más, ya es demasiado tarde. —Quizás fuese el efecto de una digestión acelerada, pero Barceló percibió verdadera urgencia en aquellas palabras.

—Vísteme despacio que tengo prisa —adujo, pisando el freno. Ahora era él quien controlaba el *tempo* y quería saborearlo. Ni qué decir tiene que antes de abandonar el país se imponía dejar algún rastro. No terminaba de fiarse de aquella gente: “Profesor

desaparece misteriosamente tras abandonar el restaurante sin probar bocado”. No, ese no era un titular que a él le hubiese gustado leer al día siguiente—. Antes he de hacer un par de llamadas, y recoger algunos objetos personales, ya sabes, el portátil, unos libros, el cepillo de dientes...

Lo cierto es que Barceló buscaba una excusa para conocer la opinión de Marisa. Seguro que a ella se le ocurriría algo evidente que a un “macaco vanidoso con exceso de ego” como él, le había pasado por alto. Ella tenía el sentido práctico de los americanos.

—De acuerdo Gabriel, ¿cuánto tiempo necesitas? —declaró Bob impaciente.

Eran las tres de la tarde. Calculó mentalmente que en media hora tendría lista la maleta, pero necesitaría algo más de tiempo para oír el consejo a Marisa.

—Estaré listo a las seis —soltó sin darle más vueltas. Tres horas eran mucho para un portátil, un ordenador y un cepillo de dientes, pero sabía que teniendo a Marisa a su lado, ese tiempo solo sería un efímero lapso.

Tomó un trozo de papel e hizo una breve anotación.

—Podéis recogerme en esta dirección.

La dirección no era la suya, como es obvio. El sentido común que, por otro lado, no era el más común de sus sentidos, le previno de entregar el domicilio verdadero. Y, obviamente, los americanos supieron que la dirección no era la de Barceló. Eso se daba en primero de carrera.

Bob lo observó fijamente, de un modo que Barceló comprendió que el hombre no era de los que “pellizcaban los cristales”, o sea, un memo, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Toma esta tarjeta —repuso—. En cuanto estés listo llámame a este número de teléfono y pasaremos a recogerte.

Barceló la tomó entre sus manos; la miró detenidamente, pero no apreció nada anormal en ella. Se la guardó en la cartera. De reojo, vio pasar al camarero y aprovechó para pedirle que les trajera la cuenta. Dedujo, tal vez de forma precipitada, que el patrocínio del almuerzo correría a cargo del Tío Sam.

A Bob no le pasó por alto el detalle de Barceló, de inspeccionar la tarjeta.

—Es mi número personal —interpuso. Te ruego que no la pierdas. Te será de utilidad para localizarme de aquí en adelante.

Barceló no supo muy bien el motivo, pero tuvo la clara impresión de que lo que Bob le había transmitido era que “se cuidara muy mucho de extraviarla”. No era una simple sugerencia. Una voz del inconsciente le suplicaba que no siguiera adelante, que aquello le superaría.

—¿Qué pasa si en algún momento me arrepiento? —preguntó Barceló. Era un último amago de retirada para salvar el pellejo, aunque se demostraría un esfuerzo estéril, los americanos, además de Psicología, tenían una increíble mala leche.

La oportuna aparición del camarero con la cuenta, le ahorraría momentáneamente el guantazo. Aquel, depositó la nota sobre la mesa, quedando esta estratégicamente oculta en una carpetita de cuero. Barceló, que conocía bien el local y la afición del propietario por la tauromaquia, presintió que la “estocada” sería merecedora de las dos orejas y el rabo. Observó divertido, el ligero respingo de los FBI's al ver el monto. Le recordó viejos tiempos, más joven y con menos recursos financieros, en los que la resistencia por mantener

los dedos alejados de la cartera resultaba en una lucha extenuante; cartera que por lo demás, solía estar completamente vacía.

Bob se hizo cargo de la multa.

Se levantaron de la mesa y se dispusieron a salir. Bob tomó a Barceló del brazo, atrayéndolo hacia sí.

—Gabriel, esto no es ningún juego —le previno, en respuesta a la pregunta de Barceló—. No hagas que el que se “arrepienta” sea yo al confiar en ti. Sabemos algunas cosas acerca de tu pasado, y te aseguro que si nos obligas a ello, utilizaremos esa información de un modo que no querrías conocer.

A Barceló, la amenaza despertó en su memoria viejos fantasmas del pasado. Hacía ya unos cuantos años que se vio involucrado en un feo asunto de IFP —Invención, Falsificación y Fraude científico—. La presión por publicar nuevos trabajos para mantenerse en la cresta de la ola y acceder a fondos para la financiación de sus proyectos, llevaba a algunos investigadores a falsificar los resultados de sus experimentos y, en otros casos, a plagiar a sus colegas. Barceló fue acusado por alguno de sus egregios compañeros de profesión ante la ORI —Oficina de Integridad de la Investigación—, cuestionando la veracidad de los datos obtenidos en sus experimentos. La infundada acusación pudo acabar en “agua de borrajas”, de no ser por el agravante de una supuesta e inmoral relación con una alumna colombiana, que, curiosamente, abandonó la facultad regresando a su país de origen pocos días después de abierta la querrela, pero confirmando el dicho de “Difama que algo queda”. El asunto le costó gran parte de la reputación lograda a lo largo de su carrera a golpes de noches sin dormir y bidones de Colirio. Barceló nunca supo quién había sido el instigador de tan infame acusación, pero aquel incidente sembró en su corazón un instinto de revancha que todavía hoy perduraba. Durante meses hizo denodados

esfuerzos por descubrir el paradero de la muchacha, pero no lo consiguió, y se pasó unos cuantos años preguntándose qué debió moverla a inventar una mentira tan absurda. Esa pequeña mancha siguió empañando su expediente, a pesar de sus profilácticos empeños.

Barceló se deshizo del abrazo de oso de Bob, y le dirigió una mirada ofendida.

—Tengo la conciencia muy tranquila —le espetó con dureza, consciente de que no sería buena idea abrir de nuevo ese melón—. Preocúpate por tus asuntos y abstente de amenazas la próxima vez.

Pidió un taxi al camarero, a pesar de la insistencia de aquellos hombres por acompañarlo hasta su casa. Había tenido más que suficiente en el restaurante. Ahora necesitaba algo más de espacio del que le hubiese ofrecido el Audi, y también, necesitaba tiempo para meditar acerca de tan agrídulce encuentro.

A once mil kilómetros de distancia, aproximadamente, una mujer se afanaba con un pequeño cortaúñas en arrancarse los ojos de las órbitas, bajo la atenta mirada de un siniestro individuo a la espera de que esta terminara la macabra tarea que le había encomendado.

